

Dr. Carlos Charlín Correa

La silueta de un maestro

EL DOCTOR D. GARCIA GUERRERO



L Profesor Daniel García Guerrero se ha retirado de la enseñanza en la plenitud de sus facultades, doblado apenas el cabo de la cincuentena, en esa edad en que discretas canas anuncian una aun lejana vejez y una recién perdida juventud.

Es la edad de las realidades, porque la experiencia ha dado el sentido de adivinar y de realizar las posibilidades. Con razón, los que se interesan por nuestra Escuela de Medicina, ven con pena su alejamiento; parte demasiado temprano, pero también más tarde, siempre su partida habría sido temprana.

Pocos profesores consiguen rodear su nombre de un nimbo de prestigio, ante el cual, cada uno en su fuero interno, rinde acato sin relucencia y sin menoscabo, como se rinde ante el nombre de García Guerrero. ¿Por qué? Porque este prestigio nace de la valía espiritual. Y ¿qué son ante la valía personal, el prestigio de la fortuna, o de la posición social, o de los honores, es decir, el prestigio fundado únicamente en condiciones extrínsecas a la personalidad humana?, son resplandores fatuos, pobres luminarias que sólo ofuscan a mentes cortesanas. El brillo de la valía espiritual es resplandor que irradia la propia personalidad, es luminosidad legítima y perenne, como es la del legítimo diamante.

García Guerrero adquirió y conservó ese prestigio que muchos ambicionan, que algunos ingenuos creen poseer y que pocos, poquitos, alcanzan en verdad —viviendo oculto casi, sin escribir, sin hablar, pasando al margen de la vida social, en un retiro solitario que alegraba la lectura, la música y que secundaba la meditación.

En los ratos de descanso, de abandono, se entregaba con toda su alma a la interpretación de Chopin, de Schumann... y la música evocadora lo hacía olvidar a los hombres con sus imperfecciones, a la tierra con sus tristes realidades.

A altas horas de la noche, cuando todo era silencio en el barrio colonial, cuando poco a poco se hundía en el olvido esa vida mediocre de los seres que

sólo miran la tierra. García Guerrero lanzaba como un huracán de armonías, una sonata o una rapsodia, por la triste calle Riquelme... y la calle se estremecía, y muchos de sus habitantes salían del letargo y todos soñaban un instante:... pero luego, con gesto de gente que no comprende y que jamás comprenderá, decían: «¡ah! es ese doctor músico». Y el doctor músico todas las noches conversaba con almas selectas y las notas de su piano hacían pasearse sombras ilustres por las angostas veredas de la oscura calle Riquelme, que tampoco comprendía y que jamás comprendió.

Así unas veces se veía a una sombra alta, de andar pausado y majestuoso, envuelta en una amplia capa, una boina vasca sobre su fuerte nariz aguileña... Era Wagner.

Otras veces pasaba un espíritu con sotana, un viejo, de cabeza potente afeitado, la cara llena de verrugas... ¿era el *ánima* de un cura de aldea, de un ser bonachón y vulgar?... Nó, era Liszt.

Ciertas noches iba y volvía por la callejuela, con ademán afebrado, un ser extraño. Su marcha era agitada; por momentos apresurado, se detenía bruscamente y permanecía largo tiempo inmóvil, la cabellera al viento, los ojos perdidos en el infinito. Parecía sostener un nunca interrumpido soliloquio, parecía que su alma era devastada por una continua tempestad... Era Beethoven.

Hoy el doctor músico habita frente al mar, en lo alto de un barranco; sus amigos extra-terrenos, sin duda, le habrán escogido esta nueva morada.

García Guerrero abandonaba la soledad para subir a la cátedra, que lo transformaba. Había nacido para hacer vida meramente espiritual.

En la música desahogaba toda su vida afectiva, en la cátedra toda su vida intelectual; en la una aparecía el ser sentimental en la otra el ser pensante.

La una y la otra se completaban. La música y la ciencia formaban como un jardín suspendido sobre el valle humano, y a ese valle obscuro García Guerrero bajaba, obligado por las necesidades de la vida y se atardaba lo menos posible en él.

Por eso el ejercicio profesional jamás lo cautivó y por eso también no tuvo grandes ambiciones. Vivía en un plano en que sus ambiciones estaban satisfechas.

García Guerrero hubiera deseado ser un monje, pero un monje laico y habitar un convento, en medio de un bosque, en la cumbre de un cerro, un convento sin capilla, pero con anfiteatros, con laboratorios, poblado no de pecadores, sino de enfermos, pero de enfermos interesantes.

Hubiera deseado ser un monje y haber tenido por vecinos de celda, no a obispos, a cardenales, a políticos, a poderosos, sino a artistas, a escritores, a pintores, y con ellos haber tenido largas pláticas filosóficas, paseando bajo arcadas de apacibles corredores o bajo la sombra de las encinas como en el buen tiempo de Aristóteles.

Había nacido para hacer una vida meramente espiritual. Su placer era el trabajo mental. Resolver un problema clínico por el placer de resolverlo, he aquí un goce que hacía poner en tensión todas sus facultades.

A la observación esmerada del enfermo seguían procesos de inducción, de deducción, que se encadenaban en anillos apretados y que con una lógica meridiana terminaban en el diagnóstico, lleno de precisión, de minucia, de elegancia.

Un día después de largos estudios y de detenidos considerandos diagnosticó un cálculo en el conducto hepático derecho. El Profesor Sierra operó y maravillado extrajo un cálculo del conducto hepático derecho.

Cada enfermo era un problema y cada problema un juego sutil del espíritu.

La verdad estaba prendida al fin de un hilo que en vueltas y revueltas formaba un ovillo. La cuestión era, en el ovillo, descubrir la punta del hilo y, poco a poco, desenrollarlo y dar al fin sin apuro, sin brusquedad, con la chispa en que remataba.

En su clase hacía experimentar al auditorio todas las sensaciones delicadas de ese trabajo finísimo, en que el espíritu vacilante, entre la verdad y el error, caminaba a la orilla de un precipicio, por un sendero que era fácil perder y que era el único que conducía a la meta.

Hablaba poco, contadas palabras, y era elocuente, porque es elocuente quien sabe hacer sentir la emoción, y los que lo escuchábamos nos emocionábamos al oírlo.

Sentado, ceñido en su correcto delantal blanco, asistía mudo al examen del enfermo, mudo, pero sus ojos brillaban y cuando aparecía un síntoma que él estimaba decidor, sus ojos miraban a sus alumnos y sonreían y entonces decía dos o tres palabras y estas palabras proyectaban viva luz en las sombras del misterio orgánico que tratábamos de descubrir.

Teníamos ante nosotros una negra cortina, que a su palabra como si se hubiera apoyado sobre un botón eléctrico, se descorría y dejaba a la vista hermosa perspectiva.

Y así pasábamos de sensación en sensación hasta que aparecía el diagnóstico con la fuerza aplastante de la realidad, que no se discute porque se ve, porque se toca, porque cae bajo los sentidos.

Para llegar a él ponía en práctica lo que él llamaba la *jerarquía de los síntomas*. Una enfermedad determinada desencadena un grupo de síntomas, un síndrome, que en el libro aparecen en el mismo plano. En la naturaleza, las anomalías anatómicas o fisiológicas, que no otra cosa son los síntomas, se presentan en orden disperso, unos acentuados, otros apagados y otros ocultos. Es necesario ir a buscarlos uno a uno y después de encontrarlos, es preciso saberle dar a cada uno la importancia que tiene en el conjunto sintomático y muchas veces de la importancia que se da a éste o aquél, surge este o aquel diagnóstico.

Al acentuar una u otra nota, García Guerrero procedía con el arte con que procede el pianista de talento, que insufla sobre toda la música que interpreta un sentimiento personal.

García Guerrero convirtió la Medicina, entre nosotros, en un arte.

La clase terminaba con una concisa disertación que el caso en estudio

sugería y que se apoyaba en la Anatomía, Fisiología, Histología normales y patológicas, que se apoyaba en los fundamentos de la Clínica, sin los cuales la Clínica es una ciencia superficial, empírica, caprichosa, sin la cual es una pseudo-ciencia.

La lección clínica dejaba de ser para García Guerrero una exposición académica, un discurso que tomaba como pretexto al enfermo, dejaba de ser una cosa ficticia y amanerada para convertirse en una exposición viva, llena de imprevistos y sujeta estrictamente a la verdad, y la verdad era el enfermo.

No buscaba el brillo en la palabra, obtenía el brillo sin quererlo en el tema mismo. No era elocuencia verbal, era la elocuencia de los hechos.

El se limitaba a traducir la naturaleza, *traduttore* y no *tradittore*, se colocaba a la orilla del marco y explicaba las bellezas del cuadro sin interponerse entre el paisaje y el espectador.

Tenía el don de hacer pensar, insinuaba la idea, imprimía el primer movimiento y después su mano se ocultaba. Era la escuela opuesta de aquella en que el profesor es un primer actor, que lo hace y lo dice todo y en el que el estudiante, ahorrando todo esfuerzo mental, se deja llevar como una barca por la corriente.

He aquí el gran mérito de García Guerrero como pedagogo, enseñaba a pensar, enseñaba a discurrir y eso es el supremo objetivo didáctico, pero tal objetivo sólo lo pueden alcanzar los profesores que tienen vida espiritual propia, que piensan hondamente, que sienten fuertemente lo pensado. A estos profesores y sólo a éstos debe coronárseles con el título de maestros.

García Guerrero era un maestro, y como maestro ha dejado discípulos. Hoy día la enseñanza de la Medicina Interna en nuestra Escuela es la continuación directa de su enseñanza. Los tres profesores del ramo, Prado Tagle, Brockman y González Cortés, se formaron a su lado, fueron sus discípulos y alrededor de esos discípulos se están incubando nuevas generaciones de maestros.

Sólo una inteligencia fuerte tiene el poder de seguir indicando rumbos aunque esté ausente, de seguir haciendo sentir su influencia al través del tiempo y del espacio. Sólo un objeto sólido y consistente provoca en la superficie del agua una serie de ondas que se extienden y se agrandan más y más; la pluma por muy hermoso que sea su color, la hoja seca por muy doradas que sean sus tonalidades descansan sobre la superficie del lago sin alterar la tersura de su espejo ni la tranquilidad de su fondo.

Pero García Guerrero ha influido en otras formas sobre la Medicina Chilena.

El introdujo aquí la exploración experimental, que ha entrado de lleno en la práctica, pero que al principio levantó resistencia.

Un viejo profesor llamó un día a García Guerrero y le dió a entender que no parecían serios aquellos llamativos instrumentos que trataban de reemplazar al antiguo y probado método directo.

Fué también el iniciador del Laboratorio aplicado a la Clínica, que ha hecho después tal fortuna que ha llegado a desnaturalizar su espíritu.

El dato proporcionado por el laboratorio es simplemente un dato, un síntoma más que debe agregarse a los otros recogidos por el examen clínico, pero este dato debe ser interpretado, vivificado por la mente del médico y después tomar la colocación que le corresponde en la jerarquía de los síntomas que forman el síndrome propio de la enfermedad.

El laboratorio aplicado con inteligencia es sin duda el gran progreso del último tercio de siglo de la Ciencia Médica.

García Guerrero quitó a la Medicina la fantasía y reemplazó la fantasía por el estudio. Se olvidó aquello del «ojo clínico», tan en boga hace 30 años y se aprendió a observar y a raciocinar.

García Guerrero imprimió un sello indeleble en la ciencia que enseñó e hizo con la Medicina en Chile lo que hizo Orrego Luco con la Neurología.

He aquí dos nombres que no podremos olvidar.

Orrego Luco y García Guerrero, uno literato, el otro artista, han marcado con hondo surco el campo científico que recorrieron y lo consiguieron, porque fueron idealistas, porque tuvieron fe e ilusiones y la ilusión, como la estrella de los reyes magos, indica la buena ruta en la jornada de la vida.

CARLOS CHARLIN CORREA.

Santiago, 23 de Noviembre de 1924.